

muestra una última cita de *Por tierras de Portugal y de España* (Unamuno, 1911, p. 186).

“Estas excursiones no son sólo un consuelo, un descanso y una enseñanza; son además, y acaso sobre todo, uno de los mejores medios de cobrar amor y apego a la patria. Por razones de patriotismo debería fomentarse y favorecerse las sociedades de excursionistas, los clubs alpinos y toda asociación análoga.”

Con la República de 1931, y el clima de reformas socialmente progresivas que la acompaña, la naturaleza silvestre se convierte en un símbolo predilecto de valores cívicos positivos, ejemplificados en monumentos como la Fuente Cossío y la Fuente de los Geólogos, emplazadas en bellos parajes de la sierra de Guadarrama e inauguradas en 1932 con la asistencia de autoridades políticas republicanas tan significativas como Fernando de los Ríos y Julián Besteiro. Este último, Presidente de las Cortes constituyentes de la República, recordaba en la inauguración de la Fuente de los Geólogos sus primeras excursiones al Guadarrama como alumno de la Institución Libre de Enseñanza. “En los días a que estos recuerdos se remontan, éramos un grupo reducido, fuertemente unido por el entusiasmo, pero aislado”, dice Besteiro (Peñalara, 1932), que se felicita al comprobar cómo en el tiempo transcurrido desde entonces el interés por la naturaleza ha evolucionado, al compás de las transformaciones sociales del siglo, hasta alcanzar a amplias capas de la población. “Luego ese espíritu se ha ido extendiendo y hoy vemos participar de él a los hombres de características sociales más diversas: restos algunos de viejas aristocracias, clases medias dedicados a profesiones liberales, hombres de la oficina y hombres del taller y de la fábrica”.

EL GUADARRAMA, ESPACIO NATURAL Y CULTURAL

El 19 de noviembre de 1886 se constituía en el seno de la Institución Libre de Enseñanza, en Madrid, una “Sociedad para el estudio del Guadarrama” destinada a “la investigación de esta Sierra y su población bajo todos sus aspectos, sin excluir por eso

ninguno de los trabajos de esta índole que con tal carácter pueda hacer en otras comarcas, encaminados siempre al más perfecto conocimiento de nuestra patria”, según consta en su manifiesto fundacional (Institución Libre de Enseñanza, 1886). Aunque no dependía formalmente de la Institución, esta Sociedad era un claro producto de la misma, y estaba llamada a asumir la labor que de hecho la Institución venía ejerciendo como promotora del excursionismo, de modo que puede decirse que era la sociedad de excursiones de los institucionistas. Se trataba lógicamente de un excursionismo en el que tenía gran importancia la dimensión educativa, pero no menos la científica. Así lo refleja la primera junta directiva de la Sociedad para el Estudio del Guadarrama, integrada por institucionistas que en su mayoría eran también naturalistas de relieve. José Macpherson, miembro fundador de la Institución y eminente geólogo, era el Director. Ignacio Bolívar, accionista de la Institución y destacado zoólogo, que ya anunciaba su liderazgo entre los naturalistas españoles, era el Tesorero. Francisco Quiroga, profesor de la Institución y geólogo como Macpherson, de quien era su más brillante discípulo, era el Secretario. Como Vicedirector fue designado el profesor de la Institución Joaquín Sama.

Educación e investigación científica se unían de forma natural bajo un mismo espíritu renovador que cifraba en la modernización cultural la clave para la regeneración de la sociedad española. Hay un nacionalismo progresista que mueve a conocer mejor el territorio del propio país, y a conocerlo de un modo científico, como es propio del clima positivista del momento. De ahí el objetivo de la Sociedad para el Estudio del Guadarrama de contribuir al “estudio real y positivo de España”, y con ello a “la obra común de la civilización y de la ciencia” (Institución Libre de Enseñanza, 1886). La sierra de Guadarrama se convierte en el escenario predilecto y paradigmático de este excursionismo pionero, tal como refleja el hecho de que se constituyese una asociación específicamente destinada a “la investigación de esta Sierra y su población bajo todos sus aspectos”, “así bajo el aspecto geológico y geográfico, como en el de sus usos y costumbres; en el botánico y zoológico, como en el de sus tradiciones; en el de su clima y producción, como en los monumentos arqueológicos que

conserva". Es el Guadarrama, sigue diciendo el manifiesto fundacional, la comarca "que más facilidades nos ofrece; que más riqueza de observaciones nos promete por tanto; que más nos atrae y más nos interesa por ser la que habitamos". Y por ello sus miembros "deben encaminarse ante todo al Guadarrama y hacer de la Sierra su primero y más abundante campo de exploraciones". Estas palabras resumen las razones del interés por el Guadarrama. En primer lugar están, obviamente, las "facilidades" derivadas de su cercanía a Madrid. Pero también se dice que "atrae" y que promete "riqueza de observaciones". Es la atracción de la montaña, de lo comparativamente salvaje y desconocido, de los paisajes agrestes y las panorámicas sublimes, dentro de lo salvaje y sublime que puede ser una montaña físicamente modesta e históricamente humanizada como el Guadarrama. Es también la posibilidad de conocer y experimentar una gran variedad de escenarios y fenómenos en un espacio relativamente pequeño y abarcable, gracias a la diversificación de las condiciones naturales que introducen el relieve y las diferencias de altitud. Es, en definitiva, la misma mezcla de atractivo estético y novedad científica que desde hacia tiempo había llevado a los naturalistas asentados en la corte a visitar asiduamente estas montañas.

Los naturalistas son los verdaderos pioneros del interés por el Guadarrama. Destacan los geólogos, y entre ellos Casiano de Prado, explorador también de los Picos de Europa, con su obra fundamental *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, publicada en 1864. Prado, que había viajado por Europa, fue adelantado en España de una nueva sensibilidad hacia la naturaleza salvaje (Bernaldo de Quirós, 1918, Martínez de Pisón, 1995) que se estaba ya manifestando en otros países en forma de actividades y asociaciones alpinistas. Hay también zoólogos, como Graells y Pérez Arcas, y botánicos, como Cutanda y Laguna, que desde mediados de siglo frecuentan el Guadarrama y establecen una tradición que será continuada por sus discípulos. Entre ellos están los ya citados Quiroga, que llegó a conocer a Prado, y Bolívar, formado junto a Pérez Arcas. Y será su confluencia personal e intelectual con el ambiente de la Institución Libre de Enseñanza lo que genere el nuevo excursionismo cientí-

fico y educativo que tiene lugar en el Guadarrama a partir de la década de 1880. Una síntesis reflejada, retrospectivamente, en las palabras escritas por Cossío con motivo de la inauguración de la Fuente de los Geólogos, en las que considera imprescindible invocar el nombre de Giner “al lado del de sus fraternales amigos los geólogos, de quienes tanto aprendiera, a quienes tanto enseñara” (Peñalara, 1932). Una síntesis que da origen a un movimiento singular dentro del excursionismo, singular porque el guadarramismo, como llegará a ser conocido, mantendrá siempre un importante componente cultural, aun cuando su extensión social a través de los diferentes grupos y asociaciones que se forman entrado ya el siglo XX, vaya acentuando más los aspectos puramente deportivos y recreativos.

Tras la creación en Barcelona de la *Associació Catalanista d'Excursions Científiques* en 1876 y la *Associació d'Excursions Catalana* en 1878, que se agruparán en 1891 en el *Centre Excursionista de Catalunya*, puede considerarse que la fundación en 1886 de la Sociedad para el Estudio del Guadarrama inaugura el asociacionismo excursionista en Madrid. Poco antes Francisco Giner había llamado a la “organización de sociedades alpinas, o de excursiones, al modo de las de Cataluña” (Giner de los Ríos, 1885). Manuel Mollá, que ha estudiado los trabajos científicos sobre el Guadarrama en esta época, ve en la constitución de la Sociedad “el momento fundamental para la investigación de la Sierra de Guadarrama” y una de las causas de que “en pocos años, los trabajos sobre el Guadarrama, en especial en el mundo del naturalismo, se multiplicaran” (Mollá Ruiz-Gómez, 1992). Sin embargo, un examen de su breve historia revela que la Sociedad fue más efecto que causa en el desarrollo del excursionismo. Más que por su capacidad organizativa, que nunca tuvo, la Sociedad para el Estudio del Guadarrama fue significativa como manifestación explícita de un fenómeno cultural emergente. Por lo demás, su vida fue efímera y sus actividades contadas. Como reconoció años después uno de sus hijos espirituales, “la naciente Sociedad no estuvo llamada a grandes éxitos” (Bernaldo de Quirós, 1931). Probablemente para tan reducido grupo de personas con intereses afines no hacía falta una estructura asociativa específica, sobre todo si se tiene en cuenta que la mayor parte de sus integrantes ya

estaban relacionados con entidades en las que el excursionismo tenía presencia, como el Museo de Ciencias Naturales, la Sociedad Española de Historia Natural o la propia Institución.

Lo que sí representa la Sociedad para el Estudio del Guadarrama es una afirmación muy clara del excursionismo como una forma nueva y diferenciada de conocer la naturaleza, y una muestra de que sus protagonistas son conscientes de ello. También muestra el especial carácter polifacético del primer excursionismo y su vinculación singular al Guadarrama en el caso madrileño. Entre los miembros de primera hora de aquella Sociedad, además de los naturalistas ya citados y de la plana mayor de la Institución, con Francisco Giner, Manuel B. Cossío y Ricardo Rubio, hay una representación distinguida de diversos campos profesionales. Allí figuran el médico Federico Rubio, el pintor Aureliano de Beruete, el geógrafo Rafael Torres Campos, el folclorista Antonio Machado y Álvarez, el botánico Blas Lázaro e Ibiza, el militar Cándido Pieltain y otros nombres significativos de los círculos liberales madrileños y del entorno de la Institución, hasta completar las dos docenas de firmantes del manifiesto fundacional (Bernaldo de Quirós, 1931).

Lo que llegó a significar el Pirineo o el Montseny para el excursionismo catalán tiene en Madrid su correlato en el Guadarrama. Como aquel, el excursionismo madrileño hace de la montaña su destino preferido, y elige, en particular, una montaña, que se convierte en paradigma paisajístico y se va cargando de contenidos culturales y de simbolismos. Por ello, la historia de ese excursionismo es en buena medida la historia de la sierra de Guadarrama, la sierra por antonomasia para los madrileños. El excursionismo al Guadarrama tiene rasgos propios, derivados del momento histórico y el ambiente cultural en que se genera. Algunas de sus claves están obviamente en el carácter singular de la Institución Libre de Enseñanza como movimiento educativo y cultural. Se ha dicho que “la Sierra de Guadarrama fue el gran descubrimiento de la Institución Libre de Enseñanza” (Morales Moya, 1984). Es, en efecto, un descubrimiento concreto, pero resultado de una actitud más general. Los institucionistas buscaban “un entendimiento del paisaje y una compenetración con la naturaleza que hallan en la experiencia viajera su más acabado

cauce de realización” (Ortega Cantero, 1988). La Institución se funda en 1876 y sus primeras excursiones al Guadarrama tienen lugar hacia 1880. Por entonces, y tras un primer intento de enseñanza universitaria, la Institución ya se había orientado como centro educativo de enseñanza media y primaria.

El conocimiento directo de la realidad y el ejercicio al aire libre, que se cuentan entre los presupuestos educativos del programa modernizador abordado por la Institución, se conjugan muy naturalmente en la excursión a la sierra. Las salidas para conocer fábricas y museos, ciudades y monumentos, que habían formado parte de la práctica educativa institucionista desde el comienzo (Cacho Viu, 1962, pp. 500-505) han preparado el camino. No es que la excursión sea la pieza fundamental de su pedagogía, pero sí es uno de los elementos que mejor la resume. Cuando Cossío decide presentar la Institución en un congreso internacional de educación que se celebra en Bruselas en 1880 (Otero Urtaza, 1994, pp. 79-83), lo hace con una comunicación sobre “Comment doivent être pratiquées les excursions scolaires”. Su discurso, que ha sido muy comentado por los estudiosos de la Institución, causó ya entonces un gran impresión por lo avanzado de sus propuestas, incluso en un contexto europeo. Entre otras cosas, Cossío defendió la excursión como experiencia intuitiva y personal, frente a una mera comprobación práctica de lo conocido en los libros o las lecciones. En el Congreso Nacional Pedagógico de 1882 Cossío se vuelve a expresar muy claramente en este sentido (Otero Urtaza, 1994, p. 101).

“Colocadlo realmente ante el espectáculo que queréis que le impresione; que siga de cerca, por ejemplo, la construcción de un objeto importante, el movimiento de una fábrica, el aspecto de las labores del campo o de los fenómenos celestes, y no anticipéis jamás la conclusión; esperad siempre a que él la descubra, dejándole la iniciativa y el placer de su obra. Y este procedimiento individual e indagador se aplica igualmente al niño de cuatro años, que al joven de veinte, que al hombre durante toda su vida.”

La incorporación del excursionismo es pues parte de la asimilación que hacen los institucionistas de las corrientes pedagógicas

modernizadoras de la época, y del desarrollo propio que imprimen a este como a otros elementos de su práctica educativa. Parte de esa evolución propia es la configuración de la vertiente montañera y naturalista de las excursiones de la Institución, y más concretamente su ligazón con el Guadarrama. Se ha repetido con frecuencia que el gusto de Giner por el campo, por la naturaleza silvestre, se debió a la influencia de su amigo el historiador del arte Juan Facundo Riaño, vector de costumbres y sensibilidades británicas en el círculo fundacional de la Institución. Pero, en lo que se refiere al Guadarrama, a su descubrimiento excursionista, el factor fundamental corresponde probablemente a los naturalistas que tan íntimamente se relacionan con el grupo institucionista desde sus inicios. En el núcleo en que se gesta el proyecto de la Institución destaca la influyente presencia de un científico como Macpherson, amigo personal de Giner y asiduo explorador geológico del Guadarrama. Muy próximos aparecen Bolívar, Quiroga y otros jóvenes naturalistas formados en el periodo revolucionario que están incorporándose a la investigación y a la enseñanza universitaria con un similar afán modernizador y parecidos presupuestos metodológicos a los que propugna Giner, aunque en este caso aplicados específicamente a las ciencias naturales. Otro destacado representante de ese grupo que combina su condición de naturalista e institucionista, Salvador Calderón, dirá de su compañero Quiroga que era “uno de los pocos iniciadores del movimiento contemporáneo, que tiende a hacer prevalecer entre nosotros en el dominio de las Ciencias naturales el espíritu de observación y de investigación, sobre el estudio de libros con mero carácter erudito que antes dominaba” (Calderón, 1894). Las excursiones, antes practicadas fundamentalmente como un medio para la recolección de ejemplares y la investigación de campo, son ahora también un método fundamental de enseñanza y formación científica, complemento insustituible, junto con el laboratorio, de las aulas. Quiroga, continúa Calderón, dedicaba a realizar excursiones “las fiestas que debieran constituir su legítimo descanso”, excursiones cuyo móvil “era principalmente la enseñanza, porque, lo repetimos, Quiroga fue sobre todo y antes que nada pedagogo”.

La educación en todos sus niveles, desde el primario al uni-

versitario, y la investigación naturalista confluyen así en unas personas, una actividad y un escenario. El escenario es el Guadarrama. A Quiroga se le recuerda “á pie, hollando la nieve en el rigor del invierno, cargado de piedras á través de la Sierra de Guadarrama, una de sus correrías predilectas” (Calderón, 1894). Y a Bolívar, cruzando igualmente a pie la sierra desde Villalba a La Granja, “aprovechando los buenos cazaderos de insectos que tan bién conocía” (Cazurro, 1921, p. 61). La doble vinculación de estos naturalistas explica el inicio de las excursiones de la Institución al Guadarrama, en las que vuelven a recorrer pasos ya transitados en sus prospecciones científicas, al frente ahora de grupos escolares.

Es el caso del geólogo Salvador Calderón y del biólogo José Madrid Moreno, que participan en la excursión realizada en julio de 1883 a través de la sierra, comentada luego por muchos autores por haber sido de las primeras salidas largas de la Institución y por haber aparecido en su revista una amplia reseña que reconstruye con gran riqueza de matices la experiencia y las actitudes de aquellos pioneros (Institución Libre de Enseñanza, 1886-1887). La vacación de aquel verano de 1883 se aprovechó en la Institución para hacer un recorrido más extenso de lo que hasta entonces había sido habitual. Se iba a pie, como siempre, y el destino natural era el Guadarrama. Dirigían el grupo Giner y Cossío, acompañados de Calderón, Madrid Moreno y Jerónimo Vida, también profesor de la Institución, además de nueve alumnos, entre los que se contaban nombres que luego alcanzarían notoriedad, como José María de Garay, que sería conde del Valle de Suchil y Alcalde de Madrid, y el futuro dirigente socialista Julián Besteiro. Partiendo de Villalba los excursionistas realizaron una larguísima marcha de un día hasta el puerto de Navacerrada y de allí al valle del Lozoya, donde acamparon de madrugada. Tras pasar un día en Rascafría y visitando la cartuja de El Pualar, continuaron la marcha al día siguiente hasta llegar a La Granja, en Segovia. Un extracto del relato, basado en las notas tomadas en el campo, parte importante del excursionismo institucionista, mostrará la variedad de elementos motivo de interés. Bajo la forma de diario de viaje, estas notas incluyen observaciones de situación geográfica, geológicas, astronómicas,

meteorológicas, botánicas, artísticas, etnográficas y sociológicas, todo ello acompañado de indicaciones prácticas sobre la ruta, los lugares de alojamiento, acampada y aprovisionamiento, y también de incidencias y anécdotas (Institución Libre de Enseñanza, 1886-1887).

“Lunes 16.- Despertamos á las 4^h y 10^m. Temperatura 18°. Efectivamente estábamos al abrirse el valle del Paular. Nos aparecieron el convento y el pueblo de Rascafría, á una legua de distancia, en dirección NE., siguiendo la cuenca del río. Bastante animados todos, y no tan cansados como era de esperar con relación á lo que la noche anterior habíamos andado. Paseo entre los pinos para gozar de aquellos sitios pintorescos, ocultos antes por la oscuridad de la noche. A las 6^h 30^m en marcha hácia el Paular. Baño y limpieza general en el Lozoya. En marcha, de nuevo, á las 7^h 40^m. El camino recorre una vega llana y va por entre sembrados de trigo y praderas. Al cabo de una hora pasamos un arroyo cubierto de ranúnculos, y subimos una pequeña colina cerca del río, en la cual aparece la caliza cretácea, último terreno del periodo secundario, depositado aquí mediante la inundación que el mar hizo de estas tierra en dicho período.”

Años después se publicó otro diario de esta excursión, el escrito por Madrid Moreno, cuya versión corrobora la riqueza de observaciones y contenidos, al tiempo que completa el anecdotario de una época en que los “viajes por ferrocarril se hacían siempre en tercera”, “las excursiones se hacían a pie” y, a falta de “sacos alpinistas”, los alumnos “improvisaban, cada uno según sus gustos, una especie de mochila, confeccionada con un trozo de hule, provisto de correas y que llevaban a la espalda” (Madrid Moreno, 1931).

“Martes, 17.- Salida a las cinco de la mañana para la Granja, atravesando el Puerto del Reventón y visitando la laguna de Peñalara, distando dicho puerto de la primera dos leguas bien largas. Fue un camino muy penoso, con mucho calor y sin poder comer nada, pues aun cuando en Rascafría nos habían preparado un almuerzo suculento con truchas excelentes de las que allí se crían y con aditamento de huevos y pollos, uno de los alumnos encargado de llevar este almuerzo, lo había dejado por olvido en

la posada y nada dijo hasta el preciso momento de ir a almorzar. El hambre nos ayudó a caminar más deprisa, almorzando ya cerca de la Granja, a las tres de la tarde, en una especie de figón de María la Pajarota. En seguida marchamos a ver el Palacio, visitando antes al señor Castellarnau, ingeniero del Real Patrimonio. El Palacio es de estilo francés, construido en tiempos de Felipe V, de muy mal gusto, abundando los muebles de estilo neoclásico, churrigueresco y moderno.”

Muchas de las excursiones serán conjuntas entre la Institución y el Museo de Ciencias Naturales, fruto de un encuentro espontáneo más que de una colaboración formalizada. En ellas participan alumnos y profesores institucionistas y de la licenciatura de Ciencias Naturales de la Universidad Central, que se impartía en el Museo. Sus resultados se publican indistintamente en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* o en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*. Cuando se crea la Sociedad para el Estudio del Guadarrama, que no hacía sino refrendar una previa comunidad de intereses y actividades, estas salidas conjuntas se ponen bajo su teórica tutela. Así ocurre, por ejemplo, con la excursión realizada los días 22 y 23 de diciembre de 1886 a Sigüenza y Baidés (Quiroga, 1887a, 1887b), en la que tomaron parte ocho alumnos de la Institución, con Joaquín Sama como profesor, y cuatro de Ciencias Naturales, con Francisco Quiroga, que ocupaba en aquel momento un puesto de Ayudante de Mineralogía del Museo de Ciencias Naturales. Otro ejemplo de coincidencia, y referido a la misma época, mediados de la década de 1880, lo relata de forma muy vívida Manuel Cazorro en su ensayo biográfico sobre Bolívar. Participaron tres naturalistas, Bolívar, Quiroga y Cazorro, y el núcleo mismo de la Institución, Francisco Giner, Manuel B. Cossío y Ricardo Rubio, con algunos alumnos de esta. El recorrido era uno de los que se harán clásicos en el Guadarrama, la ascensión a Peñalara, y nuevamente la dura marcha ha de iniciarse en un punto tan distante como Villalba, localidad más próxima hasta la que llegaba entonces el ferrocarril (Cazorro, 1921, pp. 60-61).

“Provistos de una tienda de campaña del Museo, resto, creo, de la expedición al Pacífico, llegamos a Villalba acampando al

pie de la cuesta grande de la Sierra, pasada la Venta de la Trinidad. A la mañana siguiente subimos por el puerto de Navacerada y seguimos luego por los Cabezos, hasta llegar al Canchal grande, donde nos ocurrieron diversas peripecias, algunas harto cómicas, y que no encajan en esta narración.

Los percances que omito nos retrasaron; obscureció; nos extraviamos, y ya tarde tuvimos que hacer un *vivac* y pasar la noche al raso, con el frío consiguiente, pues era el veintitantos de octubre. A la mañana, la luz nos permitió orientarnos fácilmente, y por el puerto del Paular seguimos a Peñalara sin más incidentes, y recogiendo, a pesar de lo adelantada que estaba la estación, algunos *Antaxius*, *Pycnogaster* y otros ortópteros interesantes.”

En el excursionismo institucionista al Guadarrama puede advertirse una mutua interacción de influencias intelectuales en torno a problemas científicos y sociales, con un trasfondo de preocupación moral por la renovación de la sociedad española. El paisaje y, más ampliamente, la naturaleza adquieren nuevas dimensiones espirituales y emocionales. La naturaleza y el paisaje son respectivamente el sustrato y el escenario histórico de esa patria cuya esencia encontrarán los intelectuales del noventaiocho en los campos castellanos. Para los institucionistas, que intentan modernizar y, en ese sentido, europeizar España, el paisaje de Castilla guarda también una gran capacidad evocadora, pero su espacio más característico será la sierra. En su paisaje, y concretamente en el del Guadarrama, perciben rasgos reminiscentes de lo alpino y, en todo caso, un marco fortalecedor y saludable, tanto físicamente, en relación con los aspectos higienistas del ejercicio al aire libre y el ambiente sano de la montaña, como espiritualmente, por el contacto y la experiencia directa de la naturaleza. Para Giner y los suyos el hombre forma un todo orgánico con la naturaleza (Rodríguez de Lecea, 1992), según una concepción que tiene su origen en la filosofía krausista adoptada inicialmente por los institucionistas, y que en ocasiones les valió ser criticados como panteístas. La concepción globalizadora se refleja también en el planteamiento de las excursiones en tanto que experiencias educativas. Se daba importancia a todas las facetas del recorrido, científicas, históricas, culturales y sociales, pero siempre a través de la propia vivencia del individuo.

También la estética, y de forma muy especial en relación con el paisaje, está presente en esta actitud, vinculadas a la cual hay además importantes manifestaciones artísticas (Pena, 1983, Litvak, 1991), como la obra paisajística de Aureliano de Beruete, profesor de la Institución y pintor del Guadarrama. Es muy conocido el artículo de Giner sobre el *Paisaje*, en el que, influido por su experiencia del Guadarrama en compañía de naturalistas, y en particular de geólogos, habla de una “estética geológica” del paisaje (Giner de los Ríos, 1885). El goce estético de la naturaleza se relaciona con el conocimiento científico del paisaje contemplado, y al tiempo reviste una dimensión moral, porque, para Giner, “al contacto purificador de la Naturaleza” surgen “la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales”.

En la excursión así entendida, como experiencia integral, también importa el aspecto más puramente físico del viaje. Las largas marchas a través de la sierra que describen los relatos de la primera hora asombran por la dureza del recorrido, especialmente si se tiene en cuenta la participación de escolares a veces de corta edad. La escasez de accesos al interior del Guadarrama obligaba a prolongadas caminatas de aproximación, a las que seguía la dureza de la ascensión a los puertos. Posteriormente, cuando los medios de transporte mejoren, la excursión a la montaña se popularizará y perderá a la vez parte de su originario carácter. El ejercicio físico comienza a asociarse a prácticas deportivas más concretas, como la escalada y el esquí. Un primer cambio se produce en 1888 con la entrada en funcionamiento de la prolongación del ferrocarril desde Villalba a Segovia, atravesando la sierra. El acceso es ahora mucho más fácil, y ello tiene un efecto decisivo en el crecimiento del número de visitantes. Cercedilla y San Rafael, en las vertientes madrileña y segoviana respectivamente, se convierten, con sendas estaciones de ferrocarril, en los nuevos centros de referencia para el excursionismo y en focos de atracción de un incipiente turismo que progresivamente se hará más convencional. La evolución hacia un excursionismo más deportivo y recreativo se acelera a partir del cambio de siglo. Bernaldo de Quirós distingue así dos momentos o gene-

raciones en la sierra de Guadarrama, que inicialmente es “patrimonio de una minoría de pequeños grupos o de individuos aislados que buscan en ella la satisfacción de sus instintos más profundos”, pero a la que “las multitudes llegan pronto en la inmediata generación de los primeros años del nuevo siglo” (Bernaldo de Quirós, 1931). La mejora y la ampliación de los medios de transporte (Fernández Troyano, 1990) actúan como factor determinante en la popularización de la sierra como destino recreativo. El Guadarrama se va acercando a Madrid, en un proceso que culmina, bien entrado el siglo XX, con la construcción de un nuevo tramo de ferrocarril ya propiamente serrano y destinado específicamente a facilitar el acceso turístico. Es el ferrocarril de vía estrecha que va desde Cercedilla al puerto de Navacerrada, construido entre 1918 y 1923, que posteriormente se prolongará hasta el puerto de los Cotos.

La incorporación de gran número de practicantes, entre los que ya no es tan marcado el protagonismo de los núcleos científicos y educativos originarios, y la especialización en actividades fundamentalmente recreativas y deportivas hacen que, ahora sí, aparezcan asociaciones bien organizadas y duraderas. Se trata de agrupaciones de montaña que responden sobre todo a una orientación deportiva, identificada con la etiqueta de alpinismo, aunque todavía marcadas por los rasgos culturales acuñados en los orígenes decimonónicos del excursionismo. Destacan el Club Alpino Español, fundado en 1907, y la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, creada en 1913. La trayectoria de estas asociaciones refleja muy bien la dinámica expansiva de la afición a la montaña, en la que entra a formar parte también la práctica del esquí, que desde principios de siglo comienza a importarse en algunos medios burgueses. Así, el Club Alpino Español nació de la mano de Agustín G. de Amezua con el nombre inicial de Twenty Club, que hacía alusión al reducido grupo de veinte socios iniciales, además de acusar la imitación de modelos foráneos. La Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, cuyo principal animador fue Constancio Bernaldo de Quirós, tuvo también una primera etapa muy restringida y un nombre igualmente expresivo, Peñalara-Los Doce Amigos. Apenas una década después, en 1921, Bernaldo de Quirós registra una activa presencia

excursionista en el Guadarrama debida, junto a estas dos asociaciones pioneras, a “los Exploradores de España, a la Sociedad Deportiva Excursionista, a la Cultural Deportiva, a Los Amigos del Campo, al grupo obrero Salud y Cultura” (Bernaldo de Quirós, 1921, p. 71), es decir, desde los boy scouts hasta las organizaciones de trabajadores.

La sucesiva construcción de distintos albergues y refugios en la sierra es otra muestra tangible de la expansión, y también de la progresiva especialización, a medida que las distintas facetas antes unidas en el excursionismo científico y educativo, se van diferenciando y adquiriendo autonomía. En el paraje de El Ventorrillo, en la subida al puerto de Navacerrada, se acumulan progresivamente los albergues que las agrupaciones alpinistas hacen para sus socios, el que construye la Institución para uso de sus excursiones escolares, y el que aloja la algo pomposamente denominada Estación Alpina de Biología, creada por el Museo Nacional de Ciencias Naturales en 1911 como base para los trabajos de recolección e investigación en la sierra. Edificios diferentes para usos diferentes. La raíz común sigue manifestándose sin embargo en múltiples conexiones y en empeños conjuntos, cuyo mejor ejemplo es el carácter aglutinador de la asociación Peñalara. En Peñalara pervive el espíritu del primer excursionismo, encarnado en la personalidad y la trayectoria de su fundador, Constancio Bernaldo de Quirós (Mollá Ruiz-Gómez, 1992). Así se plasma en sus libros y en la revista *Peñalara*, de la que fue su primer director. Seguidor de la Institución, Bernaldo de Quirós promoverá un homenaje a Giner en el Guadarrama. Organizado por la asociación Peñalara, el sencillo acto consiste en la colocación de una placa dedicada a su memoria en un lugar señalado de La Pedriza, uno de los parajes más notables del Guadarrama, donde también habrá un refugio que lleve el nombre del creador de la Institución Libre de Enseñanza, cumpliendo simbólicamente la exhortación de Antonio Machado en los versos escritos a la muerte de Giner (Machado, 1915).

“... Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo á la montaña,
á los azules montes
del ancho Guadarrama.”

Colaborador también del Museo Nacional de Ciencias Naturales y de la Sociedad Española de Historia Natural, Bernaldo de Quirós aúna de modo ejemplar en sus escritos montañosos la dimensión naturalista del excursionismo científico con los aspectos geográficos, culturales, antropológicos e históricos que por su profesión de jurista y sociólogo le eran más próximos. Estos últimos son los que personalmente más cultivó y en los que desarrolló una actividad investigadora original, como muestran, por ejemplo, sus aportaciones sobre la toponimia del Guadarrama. El mejor ejemplo es el librito divulgativo que redacta en 1915 y que constituye desde entonces uno de los clásicos sobre la sierra. Lleva el sencillo título de *Guadarrama* y fue publicado en 1915 en la colección de monografías que editaba el Museo Nacional de Ciencias Naturales, dentro de su serie geológica (Bernaldo de Quirós y Carandell, 1915). Excelente muestra de alta divulgación (Mollá Ruiz-Gómez, 1992), supuso una excepción dentro de la línea editorial del Museo, que se apartó de su estricto carácter científico para contribuir a difundir el interés por la sierra, tal como explica en su prólogo el geólogo Eduardo Hernández-Pacheco. Es también un ejemplo de colaboración interdisciplinar, ya que el texto de Bernaldo de Quirós se apoya en una lámina en la que se reproduce un bello diagrama del relieve de la sierra en perspectiva aérea, debido al naturalista del Museo y excelente dibujante Juan Carandell. En este caso Carandell aplicó las mismas técnicas de representación científica que utilizaba en sus trabajos de geólogo y geomorfólogo para facilitar la comprensión de la estructura física del Guadarrama al lector no especializado.

Los naturalistas mantienen una presencia cualitativa importante en el conjunto del excursionismo. A los Macpherson, Bolívar, Calderón o Quiroga de la primera hora, les han sucedido Blas Lázaro, Eduardo Hernández-Pacheco o Lucas Fernández Navarro, y más tarde los discípulos de estos, como Juan Carandell, Carlos Vidal Box, Emilio Guinea, o Francisco Hernández-Pacheco, hijo de Eduardo. Como sus maestros, mantienen en distintos grados la vinculación con la Institución Libre de Enseñanza, en la que perdura su fundacional tradición científica y la destacada presencia de naturalistas, sobre todo geólogos.

Muchos de ellos son también socios o colaboradores de la asociación Peñalara. En 1927 la Junta Directiva de Peñalara acordaba considerar como socios a los investigadores y colectores del Museo Nacional de Ciencias Naturales “para de esta manera favorecer las excursiones e investigaciones del mencionado Museo, pudiendo por lo tanto dichos señores disfrutar de los beneficios que los asociados tienen” (Peñalara, 1927), tales como el alojamiento en los albergues y refugios construidos en el Guadarrama y otras montañas españolas. La actividad científica en el Guadarrama, nunca interrumpida, se intensifica con las facilidades que aporta desde 1911 la Estación Alpina de Biología, para la que el Museo ha contado con el patrocinio de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. La pretenciosa alusión a lo alpino retenía la proyección de los modelos centroeuropeos en el redescubrimiento y la nueva visión de las montañas ibéricas. Además de cumplir su función de albergue serrano en su modalidad científica, la Estación llegó a tener, al menos durante sus primeros años, un cierto carácter de centro de investigación diferenciado, al ser utilizado como lugar de trabajo por una serie de botánicos que no encontraban acomodo en el Jardín Botánico de Madrid (González Bueno y Gallardo, 1989).

El Guadarrama, y en general la región en torno a Madrid, seguirá siendo, y lo es aún hoy, la escuela de campo donde se forman los naturalistas de los centros académicos de la capital. Las excursiones docentes a localidades clásicas transmiten de maestros a discípulos una experiencia común de la naturaleza a través de determinados paisajes, formaciones y componentes. Las formas graníticas de La Pedriza, los pinares serranos o la laguna de Peñalara son referentes de un conocimiento directo de la naturaleza repetido en los mismos lugares por alumnos que serán luego profesores o investigadores. El testimonio del geólogo Vicente Sos, recordando su aprendizaje de estudiante, que luego iba a aplicar como investigador del Museo y profesor de la Institución, ilustra la experiencia de los alumnos de la licenciatura de Ciencias Naturales de la Universidad Central hacia la mitad del primer tercio de siglo (Vicente Sos, comunicación personal, 1991). Solían realizar excursiones a la sierra con su profesor Eduardo Hernández-Pacheco los fines de semana, para lo cual usaban el

tren a Cercedilla. La víspera un alumno se acercaba a la Estación del Norte para pedir permiso al jefe de estación para utilizar el furgón de cola del tren que salía al día siguiente a primera hora de la mañana. Sentados en el suelo del vagón hacían el trayecto hasta Cercedilla, para pasar el día recorriendo a pie la sierra y haciendo observaciones geológicas. Por la noche tomaban de nuevo en Cercedilla el tren de regreso a Madrid. Otra localidad geológica clásica objeto de frecuentes excursiones era el cerro de Vallecas, lugar representativo de los áridos paisajes mesetarios, reverso y complemento de la montaña guadarrameña. Pagando un suplemento a la tartana que hacía el trayecto al pueblo de Vallecas, al sureste de Madrid, llegaban hasta el cerro, magnífico muestrario de las formaciones sedimentarias de la submeseta Sur, donde les recogía la tartana por la tarde, según habían acordado previamente.

Más allá de la enseñanza universitaria especializada, el excursionismo desarrolla también su faceta educativa más integral, que, con el Guadarrama como escenario central, se difunde desde el núcleo institucionista hacia otras entidades y otros ambientes. Desde luego, y en primer lugar, a aquellos centros educativos resultantes directos del influjo de la Institución, como el Instituto-Escuela, donde las excursiones escolares son norma, o la Residencia de Estudiantes, en la que pronto se crea una Agrupación Alpina para organizar las salidas de los residentes a la sierra. Pero también alcanza a sectores de la enseñanza en principio muy alejados del ideario institucionista. Los naturalistas son un buen vector en este proceso de difusión, a través sobre todo de su función como profesores de ciencias naturales en los centros de enseñanza secundaria, a los que llevan la práctica excursionista y, en el caso de Madrid, la afición al frecuentamiento del Guadarrama. El papel de los naturalistas será de nuevo importante en la posguerra, cuando, disuelta la Institución y perseguidos los rasgos más genuinos de su ideario educativo, la integridad de la tradición excursionista y guadarramista quede gravemente disminuida, mientras persisten sólo sus aspectos más superficiales. Esa tradición se mantiene sin embargo en algunos núcleos, incluyendo a naturalistas y profesores universitarios, que forman nuevamente a los que serán a su vez profesores de

ciencias naturales de enseñanza media. El libro póstumo de Carlos Vidal Box, geólogo y geógrafo que había sido discípulo de Hernández-Pacheco, *Guía de recursos pedagógicos en Madrid y sus alrededores* (Vidal Box, 1976) es buen ejemplo de esa persistencia, que llega así a conectar con la aparición, a partir de nuevas bases e influencias, de la moderna educación ambiental en España.

Aunque la posguerra marca claramente una degradación del componente cultural del excursionismo, la aparición de una versión banalizada de la afición a la montaña había surgido mucho antes. Ya Giner advertía, a la vez que recomendaba la “organización de sociedades alpinas, o de excursiones”, que había que “evitar las formas frívolas, vulgares e insignificantes que el *sport* suele revestir entre nosotros” (Giner de los Ríos, 1885). El aspecto positivo que tendrá la democratización del recreo en la naturaleza desde 1915 aproximadamente, con la popularización del frecuentamiento de la sierra entre grupos sociales progresivamente más amplios, irá acompañado de las formas trivializadas de un turismo de moda que aparece entre sectores burgueses, y en el que las conexiones científicas y la rica gama de intereses culturales ya no están presentes. Algunos comentarios de la época acusan este cambio, y comienzan a mostrar una actitud crítica frente al exceso de popularidad del Guadarrama. Se censura sobre todo al advenedizo proveniente de las clases acomodadas, al falso montañero “mundano a quien la montaña no interesa por sí misma” y que disfrutaría igualmente en “una pista artificial, con un fondo de telones pintados y entre una atmósfera de tocador”, según la caracterización irónica de Bernaldo de Quirós, “con tal de moverse en una vida social, alegre y confiada, con la exótica indumentaria y atavíos recomendados en los catálogos de objetos de *sport* más exigentes” (Bernaldo de Quirós, 1921, p. 44). “No van a caer, sin embargo, nuestros compañeros en ese *dandismo montaraz* que poco a poco trepa por una de las vertientes carpetanas queriendo hacer de ella un Paseo de Recoletos”, aseguraba a su vez la Agrupación Alpina de la Residencia de Estudiantes (Residencia, 1926a). Por contra, la incorporación de sectores populares al disfrute de la montaña suscita una actitud distinta y ambivalente, pues se valora positivamente su carác-

ter socialmente progresivo, aun cuando no deje de lamentarse la desvirtuación del espíritu original del acercamiento a la montaña, que parece imposible de mantener cuando a los selectos grupos iniciales suceden las muchedumbres de fin de semana. Surgen también las primeras denuncias de la incipiente degradación de la naturaleza silvestre. Sobre el paisaje de la montaña empieza a dejar su huella una masificación que, si resulta insignificante comparada con los problemas actuales, contrasta abruptamente con la casi absoluta soledad que imperaba en aquellos parajes un par de décadas atrás. A ambas cuestiones se refiere Bernaldo de Quirós cuando caracteriza “el nuevo guadarramismo dinámico o cinemático”, que ha llegado de la mano del “ferrocarril eléctrico de la sierra” y del “auto, que anula las distancias y ensancha el tiempo, acercando la Sierra entera a Madrid” (Bernaldo de Quirós, 1929). “Todos hemos sentido instantes pasajeros de indignación, renegando de nuestra propia propaganda, ante los paisajes mancillados por los ciudadanos de la Puerta del Sol”, afirma. Pero al tiempo reconoce la injusticia que sería seguir “la opinión aristocrática” de quienes creen que el disfrute de la sierra debe ser reservado a una minoría selecta. Hace falta en cambio “instalar en cada lugar la obra social justa y adecuada —sanatorios, campamentos, refugios, lugares de cura de reposo— en beneficio de las clases proletarias, excluidas por insuficiencia económica y hasta por ignorancia y falta de energía para convertir el deseo en acción, en la gran conquista de la Sierra que las clases privilegiadas han logrado”.

La preocupación social de Bernaldo de Quirós, que no en vano desarrollaba su labor profesional en el Instituto de Reformas Sociales, y su condición de testigo directo de la evolución del Guadarrama, dan una especial lucidez a su visión del nuevo papel que la sierra estaba llamada a desempeñar, y de su ya insoluble asociación metropolitana a Madrid. La República de 1931 traerá un reforzado interés por las virtudes sociales del contacto con la naturaleza. Se toma conciencia de la necesidad de una intervención estatal para favorecer el acceso de las clases populares al recreo y la educación al aire libre, más allá de iniciativas turísticas, claramente dirigidas a una élites, como las que hasta entonces se habían promovido. Esta es la línea de argu-

mentación de Bernaldo de Quirós cuando aboga por extender los beneficios de la naturaleza serrana a la creciente población urbana madrileña, idea que resume en el concepto de simbiosis (Bernaldo de Quirós, 1931).

“Como los pequeños núcleos de las rocas primigenias digeridas por la triunfante invasión del granito, que los canteros de la sierra llaman “gabarros”, Madrid debe seguir avanzando hacia el Guadarrama hasta compenetrarse y fundirse con él en una simbiosis perfecta del monte y de la ciudad, que asegure a todos los necesitados, no a una minoría de elegidos, el supremo bienestar de la vida que puede procurarse en esta alianza.”

Implícita en esta fórmula estaba la necesidad de una planificación que favoreciera esa función social pero sin destruir los valores naturales en que se basaba. Él mismo había pedido que se iniciase “de una manera reflexiva y constante la organización de la definitiva simbiosis de Madrid con su Sierra”, y la “convocatoria de una amplia asamblea para el trazado de este plan” (Bernaldo de Quirós, 1929). Los avances que en este sentido se hicieron durante el periodo republicano, incluyendo la protección de espacios naturales que se discute con más detalle a continuación, fueron pronto olvidados. Nuevamente resulta ilustrativa la referencia personal a Bernaldo de Quirós, forzado tras la guerra al exilio a Santo Domingo y México, dónde morirá en 1959. Cuando hace poco más de una veintena de años volvió a reconocerse la importancia social de preservar los valores ambientales del Guadarrama a través de una planificación específica hacía ya tiempo que la huella de aquel primer acercamiento había quedado prácticamente borrada por un tipo de desarrollo turístico y residencial completamente ajeno a las actitudes y los contenidos culturales presentes en los pioneros de un siglo atrás.

LOS ORIGENES DE LA CONSERVACION DE LA NATURALEZA EN ESPAÑA

La protección de espacios naturales bajo fórmulas como la de parque nacional y otras relacionadas es seguramente el aspecto